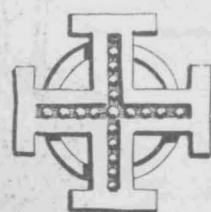
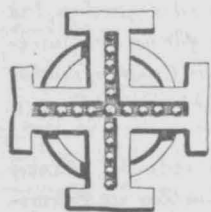


Alberche y del Tajo, suelo de los más fértiles de España, están siendo explotadas en régimen intensivo merced al regadío. Campos de tabaco, algodón, cereales de regadío, forraje, variados frutales, dan a Talavera, con su situación, una posición de privilegio y riqueza. Mas esta ciudad, en régimen ascensional, de barriadas modernas, de gran impulso económico, es, a pesar de los destrozos causados por los derribos, un centro monumental del mayor interés. Así lo dice Santiago el Nuevo, iglesia en donde el preciosismo mudéjar llega a sus más gratas consecuencias. Así la reina de las ermitas, ese Santuario de El Prado, en donde se puede admirar un pequeño tesoro arqueológico con la pilastra visigoda salvada en la demolición de la iglesia de San Pedro. La Colegiata, de bella línea gótica; Santa Catalina, de traza herreriana; San Prudencio y el impar museo cerámico

«Ruiz de Luna», dedicado por sus hijos al artista que supo revalorar una actividad tan talaverana como la cerámica, a punto de perecer. Allí, en aquel santuario de la artesanía del barro, se guardan piezas principales y únicas de nuestro pasado ceramista que una dinastía de artesanos tratan de emular con sus trabajos.

Pegada a la ermita de Nuestra Señora del Prado, queda la plaza de toros, donde murió Joselito.

El caserío urbano de Talavera evoluciona del Tajo a la carretera general a través de las plazas del Ayuntamiento (núcleo medieval, en cuyos aledaños se erigió la estatua al historiador Padre Mariana), la plaza del Reloj, centro hasta bien entrado el siglo XX. La Talavera moderna gira en torno a la recién construida, y ya pequeña, estación de autobuses.



Hombres de ayer:

Juan Jacobo Rousseau

A Pablo Ganado, buen amigo y excelente polemista

Por muchos es considerado Juan Jacobo Rousseau como el padre de la Revolución Francesa. Esta paternidad —en el aspecto ideológico y espiritual y, a título póstumo—, quizá le corresponda si tenemos en cuenta la intensidad y primacía de su influencia. Claro está que una revolución de la amplitud y trascendencia de la Revolución Francesa no puede ser obra de un pensador —por extraordinario que sea—, ni de un grupo de pensadores. Las causas —como todos sabemos—, son más hondas y complejas; aunque muy bien pudieran sintetizarse en la prolongación anacrónica de toda una estructura vital. De ahí que se resquebrajara a un tiempo lo económico y lo social, lo político y lo filosófico. Era como un viejo edificio, carcomido, con gruesas grietas, pronto a desplomarse de una vez.

Al leer a los filósofos y pensadores inmediatamente anteriores a la Revolución Francesa, incluido el propio Rousseau, salta a la vista que sus ideas no tienen auténtica novedad. Las ideas nuevas no actúan sobre el pueblo; carecen de eficacia «masiva». Las ideas fructifican en realidades colectivas, cuando al ser expresadas tienen ya existencia latente en el alma de la sociedad. Los dogmas o principio de la Revolución Francesa, por pertenecer, algunos de ellos, a verdades naturales, se hallaban almacenados en el subconsciente de la humanidad. A veces afloraban, como un relámpago, en hombres de diversas épocas, cuando determinadas circunstancias, individuales o sociales, forzaban a ello.

La igualdad natural de los hombres, tan reiterada por los pre-revolucionarios franceses, estaba ya,

desde el siglo primero, contenida en el Cristianismo. Los principios de la soberanía popular podían leerse en autores de siglos anteriores a Rousseau: Nuestro P. Mariana, en pleno siglo XVI, escribía: «La autoridad derivada del príncipe está sometida a la soberanía popular; porque no cabe suponer que todos los miembros del Estado se despojen voluntariamente de sus derechos para entregarse en absoluto a la buena voluntad de un individuo». El «Deísmo», que tan buena acogida tendría en la revolución triunfante, con sus templos a la razón y su fiesta al Ser supremo, solo era una consecuencia lógica de los sistemas racionalistas iniciados en el Renacimiento.

Todas estas ideas, diseminadas ya en el corazón de los hombres, ya en distintas doctrinas o sistemas, ya en pensadores de diversos siglos, fueron